

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

Número 7837.

PRECIOS DE SUSCRICION.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIALES, tres meses, 7.50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16.º de cada mes.—Corresponsales en País para anuncios y reclamos, Mr. A. LORRÉ, rue Camartin, 81.—JOHN F. JONES, 3, bis rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. O.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador.—D. EMILIO GARRIDO LÓPEZ.

Números sueltos 15 céntimos.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS, 4.

Sábado 31 de Diciembre de 1887.

LLOYD ANDALUZ.
COMPANIA DE SEGUROS MARITIMOS
COMISIONADOS EN ESTA PLAZA
TORO Y MARTINEZ
Plaza de S. Francisco 21.

En el acreditado establecimiento de Coloniales y Ultramarinos de D. Pedro Simón Martínez, Plaza de la Merced, 28, se ha recibido para días de Navidad el acreditado Mazapán de Totana, de yema, cabello angel y balata; un variado surtido en cajas de anguilas del ya conocido de Toledo; los afamados mameculos de Laujar, á granell y en cajitas de todos tamaños, frutas en almibar de las fabricas de Granada y Murcia, y un buen surtido en Licores, Jerez, Moscatel, Manzaniilla, Rom, Cognac, Ginebra y Champagne.

El dueño de este establecimiento con objeto de complacer á sus muchos parroquianos en pascuas de Navidad, regulará una magnífica Anguila de Mazapán, valorada en 40 pesetas, la cual está expuesta á la vista del público en uno de los escaparates.

AROMOS Y PLANTAS DE AGRO DE TODAS CLASES

60.000 aromos bordes para cercar plantaciones; 30.000 naranjos bordes y ingeritos de todas clases; 25.000 naranjos de Almajara para hacer planteles y 1.500 pies de lima de pepita agria sin ingerir, se venden; los pedidos en esta, á Pascual Vicente, Lonja.

ECOS DE MADRID.

30 de Diciembre de 1887.

Dos grandes nevadas hemos sufrido en estos días. La primera, moral ó in-moral, como el lector guste, nos cayó en el alma cuando nos enteramos de que no habíamos pescado el premio gordo. Esta nevada ha sido general para todos los españoles, excepto para el general Cassola, el cual con sus simpáticos ayudantes, de militares que eran han resultado particulares.

Seguimos habitando el país de los viceversas.

Ya ven ustedes que este año ha dado juego el juego de la lotería. En primer lugar, el general y sus contertulios han jugado al tresillo; después jugaron á quién compraría el billete y también entró en suerte la lotería en que habría de adquirirse. La suerte es juguetona y favorece hasta á los que juegan con ella.

Ya sé lo que va á pasar en el año 1888. No habrá casa en la que no se juegue al tresillo ó á cualquier otro juego parecido. Las ganancias constituirán un fondo de reserva, y allá para Diciembre se reunirán los contertulios, meterán en un sombrero tantas papeletas como individuos sean, resultará un agraciado que bien pueda ser feo, aunque esta vez no ha sucedido así. Después se sortearán las loterías de la localidad, y todos es-

perarán con ansia el nuevo día 23, para convencerse una vez más de que no está la suerte para quien la busca.

El año que viene, como si lo viera, tocará el premio gordo á uno que ni siquiera tomará parte en un mal décimo; pero algún pariente suyo que se morirá con oportunidad, le dejará el billete.

La suerte es muy aficionada á las sorpresas.

Por ahí decía la gente:

—El general Cassola parece un inglés, tiene una calma... una paciencia, por nada se conmueve.

Y la suerte que lo oyó, se dijo:

—Veremos!

Pues nada... no se ha conmovido.

Pero ha conmovido á una porción de personas á quienes ha hecho partícipes de su suerte.

Los otros dos premios, también gordos, se han repartido en su mayor parte en forma de obras de caridad.

Pero son muchos los que en el día del sorteo se quedaron helados, á pesar del Sol que sin duda aturbió para que viéramos claro.

Agredida la nieve, por el frío que en su día se le echó, los desdichados, de esta mañana ayer día de los Santos Inocentes, vino á visitar á los de Madrid, y es muy posible que haya hecho otro tanto en la mayor parte de las comarcas españolas.

Media vara de nieve, ofrecía mullida y fresca alfombra á los escasos transeuntes que se arriesgaron á salir á la calle.

Los coches de alquiler y los tranvías brillaron por su ausencia. Era natural, los caballos podían romperse las patas y constiparse los cocheros. Limpiar los rails exigía un gasto y qué diantrel los tranvías están para ganar y no pérdidas. Así es que ayer parecía Madrid una ciudad desierta. Los teatros preparaban muchas y muy agradables inocentadas, pero lo que es este año el tiempo no ha protegido á la inocencia.

Y no tenemos ni siquiera el recurso que aconseja el refrán cuando dice: «á mal tiempo tomar tabaco», porque el que se expende en los estancos de Madrid, sólo puede prestar algún servicio á los desesperados.

Supongo que los fumadores provincianos no estarán más favorecidos.

Dicen que se están limpiando las fabricas para que el género nuevo no se malee con el contacto del antiguo, y si esto es verdad, nos están salvando del resultado de la tal limpieza.

Los que sobrevivían á duras penas de tener magníficos pulmones y sobre todo un gran estomago. Pero me temo que á duras penas el número de los fumadores, y la compañía hará en este caso un mal negocio.

Hasta el humo, imagen de nuestra felicidad, va á desaparecer. El día me-

nos pensado se declara una huelga de humo, ¿verdad?

Porque están que arden... los fumadores no los cigarrillos.

Gran número de funcionarios dedican su actividad en estos instantes á los trabajos que exige el nuevo censo de población.

No hay casa en la que no se halle ya la amplia hoja de papel encasillado, en la que hay que hacer el inventario de la familia.

Un pobre cesante que cuenta once retoños, exclamaba ayer suspirando:

—Esto es horrible! Me obligan á contar mi gente. ¿Qué necesidad tenía yo de conocer este dato!

Un carbonero, rico, pero poco versado en fisiología, preguntaba á un tendero de ultramarinos, vecino suyo:

—Diga V. de qué sexo seré yo, por que aquí me obligan á declararlo.

—Ponga usted del sexo feo, dijo una maritornes que oyó la pregunta.

Como en lo que falta del año no tendré el gusto de conversar con mis lectores, me apresuro á desearles en el que viene, todo género de felicidades.

Por de pronto, todo hace creer que nos divertiremos en año de hambre.

Buena falta nos hace descansar y preparar el ánimo. Los años anteriores han sido verdaderamente de trabajo y trabajos.

JULIO NOMBELA

Variedades.

TRES CORTES REPUBLICANAS.

II

LA DEL MARISCAL MAC-MAHÓN.

El mariscal Mac-Mahón aceptó la presidencia de la República francesa sin ningún deseo de conservarla. Todo el mundo creyó que la restauración monárquica no se haría esperar. Entre tanto, como para preparar el país á esta acon-tornamiento, el mariscal montó su casa de un modo casi regio. Mr. Thiers había sido un presidente burgués. El mariscal duque de Magenta era un gran señor. En tiempo de Mr. Thiers, los 800.000 francos señalados al presidente bastaban con exceso para todos los gastos; pero con la duquesa de Magenta, que hacía además importantes obras de caridad, la lista civil presidencial no cubría la mitad de aquéllos. El mariscal tenía una buena fortuna privada, aunque inferior á la de Mr. Thiers, y se asegura que gastó una regular parte de ella durante su estancia en el poder.

La vuelta del emperador al Eliseo se manifestó en la librería. Los colores gris y negro, la tela encarnada, los polvos, y en las grandes ocasiones la paluca, reemplazaron el tuyo negro de la antigua servidumbre de la presidencia.

Cuando Mr. Thiers iba á alguna cere-

monia pública, hacíase trasportar en un landau muy sencillo, con una escolta de la Guardia republicana, y las personas que le seguían en vehículos adecuados á la posición y medios de cada uno. El mariscal Mac-Mahón, la duquesa y su séquito, llenaban ordinariamente tres carruajes muy elegantes, tirados á veces á la Gran Daumont, y el cortejo era precedido y seguido de batidores á caballo. Cuando tenía que pasar revista el mariscal, que ha sido uno de los mejores jinetes del ejército, iba siempre á caballo y rodeado de un numeroso Estado Mayor.

Mr. Thiers tenía un cuarto militar que mandaba su primo el general Charlemagne; pero este último tenía muy poco que hacer: ni siquiera se ocupaba en recibir las visitas. Todo el que quisiera avistarse con el jefe del Estado, podía verle enviándole su tarjeta á Mr. Barthélemy Saint-Hilaire. Por el contrario, el mariscal era tan poco accesible como un monarca.

El lujo de la casa del mariscal quedó en cierto modo justificado cuando la visita del Shah de Persia. Algunos humoristas pudieron lamentar que monsieur Thiers no ejerciese sus funciones cuando este monarca vino á deslumbrar las Cortes de la Europa civilizada con sus diamantes y sus maneras caballerescas, porque hubiera sido curioso ver á aquel amoñar al Shah por medio de un intérprete la historia de Persia y la etimología de las lenguas orientales. Nars ed Din fué dignamente recibido por el mariscal. Las fiestas dadas en su honor tanto en Versalles como en París; la retreta, la representación de gala en la Opera, el banquete en la galería de los Espejos, tuvieron un tinte de magnificencia que no se hubiera excedido ni aun estando un emperador en el trono. En el banquete de Versalles, el Shah preguntó en francés á la duquesa de Magenta, en algunas palabras que estudió con el mayor cuidado anticipadamente, por qué razón no se hacía proclamar emperador su marido. La duquesa le respondió con una sonrisa; pero la pregunta se acomodaba tal vez más de lo que se cree á sus pensamientos íntimos.

Puesta de nuevo sobre el tapete la suerte del país, la Asamblea, que deseaba proveer á lo más urgente, prolongó los poderes del presidente por siete años. Pero la suerte de esto no era muy envidiable.

Colocando entre los republicanos que no le perdonaban el no pronunciar nunca el nombre de la República en sus discursos y en sus mensajes, y los realistas que le acusaban de no dar un golpe de Estado en su favor, el desgraciado mariscal vivía en la más cruel incertidumbre.

No le gustaba mucho la política, acerca de la cual tenía ideas bastante